

## 2. RANIERO PANZIERI: EL PUNTO DE VISTA DE LOS PROCESOS DE TRABAJO

### PANZIERI, REVOLUCIONARIO ITALIANO

Raniero Panzieri nació el 14 de febrero de 1921 en Roma. Durante el fascismo no pudo inscribirse en la universidad estatal por ser de origen judío e ingresa por tanto a la universidad del Vaticano, donde estudia filosofía y economía y en especial a los clásicos del marxismo.

Durante los años de la segunda guerra mundial traba contacto con la izquierda socialista en la clandestinidad. En 1945 se gradúa en jurisprudencia por la universidad de Urbino y en ese mismo año se afilia al Partido Socialista Italiano. En 1946 entró a formar parte de la redacción de *Socialismo*, la revista del partido, y también en ese año fungió como secretario del Instituto de Estudios Socialistas. En 1948 aparece como director de la revista *Estudios socialistas*.

Al año siguiente obtiene la cátedra de filosofía del derecho en la universidad de Messina, donde inicia un estudio profundo de la obra de Marx. A la par, traduce al italiano el segundo tomo de *El capital* y juega un papel central en las luchas de los campesinos socialistas por la ocupación de la tierra en el sur de Italia. Para 1951 se le encomienda la dirección de prensa y propaganda del partido y es electo miembro de la dirección nacional. En 1953 es electo miembro del Comité Central, y dos años después deja la dirección de prensa y propaganda y se encarga de la sección cultural del partido. A partir de esta posición, y en el contexto del xx Congreso del PCUS, desarrolla Panzieri su crítica a la línea política del PSI. En ese mismo año comienza a intervenir en la revista teórica del partido, *Mondo Operaio*, especialmente con temas culturales.

1956 es el año del xx Congreso del PCUS, de la intervención soviética en Hungría, del levantamiento obrero en Berlín, es decir, de la apertura de un proceso general de crisis en el movimiento comu-

nista internacional. El impacto que estos acontecimientos provocan en Panzieri es en verdad profundo.

La crisis del movimiento comunista internacional toma cuerpo inicialmente en Panzieri bajo el planteamiento de la autonomía intelectual y del conocimiento democrático frente a los partidos, en el sentido de autonomía de investigación dentro de la organización partidaria; todo ello como garantía para lograr procesos honestos de verificación de las líneas políticas. Esta reivindicación se convierte en Panzieri en una propuesta de reescritura de la historia del movimiento obrero, partiendo de la crítica de la tradición estalinista e intentando reconsiderar las verdaderas tradiciones de la clase proletaria.

En 1957 Panzieri es electo como codirector de *Mondo Operaio*, y desde este foro busca estimular en el partido un examen crítico de la línea política del mismo, en continua confrontación con las exigencias de la lucha de clases. Los temas que Panzieri privilegia en este momento son los de la democracia directa, los consejos obreros, el soviétismo, la situación de la lucha de clases y la historia del movimiento obrero.

En *Mondo Operaio*, primer número de enero de 1958, aparece el artículo de Panzieri "El control obrero en el centro de la acción socialista", que constituye uno de los intentos más importantes del momento en los partidos de izquierda por desmistificar la estrategia reformista. El debate sobre el control obrero se convierte en el centro de la confrontación entre estrategias incompatibles en el seno del partido y Panzieri sufre el aislamiento político.

En 1959 Panzieri abandona la dirección de *Mondo Operaio* y se traslada a Turín, iniciando de esta manera uno de los periodos más intensos de relación con el movimiento obrero al margen del partido.

Vinculado a los militantes de izquierda del PSI y del PCI, Panzieri trabaja sobre la hipótesis de la reactivación de la lucha obrera en la FIAT, mientras traba comunicación con otros intelectuales con los que comparte inquietudes semejantes a las suyas, como Foa, Tronti, Negri y demás. Este grupo de intelectuales tiene, en este tiempo, un centro de discusión y análisis: la posibilidad del trabajo político autónomo respecto de los partidos. Es en estos momentos cuando Panzieri propone la creación de un órgano de investigación que fuese canal de intervención política, teniendo como eje el esclarecimiento de las condiciones materiales y de conciencia de la clase obrera en la Italia de su tiempo y, a la vez, el enfrentamiento de las ideologías del integralismo.

En 1960 Panzieri logra establecer una compleja red de relaciones con militantes de base de los partidos y sindicatos de izquierda y

activistas independientes. Específicamente, establece contactos con la base obrera joven que participa en las luchas de fábrica.

*Quaderni Rossi* es el resultado inmediato de las relaciones y actividad desarrollada por Panzieri y su grupo entre el otoño de 1960 y el de 1961, grupo conformado por militantes partidarios y activistas independientes. Esta revista nace en octubre de 1961 y trata de incidir en el movimiento obrero más en el aspecto cultural que en el organizativo.

La lucha obrera en la FIAT se convierte en un campo de prueba y de confrontación máxima entre *Quaderni Rossi* y los partidos y sindicatos de izquierda. Esta polarización tiene consecuencias importantes en las relaciones de base que la revista había establecido, destacándose entre ellas el alejamiento de muchos cuadros sindicales y partidarios. Las dificultades que *Quaderni Rossi* tiene para continuar una relación de externidad y a la vez de vinculación con partidos y sindicatos abren una crisis en la revista, configurándose de esta manera las dos tendencias que se forman en su seno y que tienen como punto de discrepancia el carácter y tipo de relaciones que *Quaderni Rossi* debe tener con los partidos y sindicatos, así como el propio carácter de la iniciativa emprendida por Panzieri.

Una tendencia planteaba convertirse en partido, mientras que la otra proponía permanecer en el plano político-cultural. Finalmente, el grupo de *Quaderni Rossi* se escinde en agosto de 1963, aunque la revista continuó bajo la influencia de Panzieri con sus relaciones partidarias, sindicales y obreras. Mientras tanto Panzieri empieza a trabajar su tesis sobre el uso de la encuesta obrera, tesis que tiene no sólo un trasfondo científico y epistemológico, sino que también hunde sus raíces en las polémicas sobre el papel del partido y el cómo la clase obrera deviene sujeto de la revolución.

Panzieri no pudo desarrollar esta línea de investigación ya que muere, intempestivamente, en octubre de 1964 a la edad de 43 años.

## EL CONTEXTO HISTÓRICO DE LA RUPTURA DE PANZIERI

La ruptura panzeriana con el movimiento comunista internacional se inscribe en el contexto de dos vertientes críticas. En el campo de las relaciones internacionales y del predominio de la unidad del movimiento comunista internacional en torno a la Unión Soviética por un lado, y por otro, el gran trauma de las revelaciones del xx Congreso del PCUS y, posteriormente, de la ruptura chino-soviética.

Para la intelectualidad comunista y de izquierda socialista, el estalinismo no sólo había significado la unidad política, sino también

el modelo de socialismo a seguir y la unidad de pensamiento marxista. Cuando en el xx Congreso Jruschov denuncia los crímenes de Stalin se abre la posibilidad no sólo del derrumbe de un hombre que simbolizó al marxismo y estuvo en el centro de las organizaciones marxistas a nivel mundial, sino también del cuestionamiento de una forma de construir el socialismo. Esta crisis permitió también que la codificación del marxismo realizada por la Academia de la URSS, de cuyas sistematizaciones se abrevaron los comunistas del mundo, no quedara fuera de toda sospecha, pues cabía suponer que estuviese contaminada... de los mismos vicios que se descubrían en su padre tutelar.

La crisis del estalinismo y la legitimidad de la crítica a éste apuntan también la posibilidad de que el socialismo de Estado construido en la URSS no fuese la única alternativa de sociedad socialista y que los vicios de que adolecía no fuesen producto fundamentalmente de una dirección autoritaria, sino de la propia concepción del partido-guía, depositario de la conciencia proletaria, que pasó a convertirse en Estado-guía después de realizada la revolución. Estado suplantador del proletariado que se sitúa sobre él, lo domina y controla.

La posibilidad de la crítica al partido-guía, depositario de la conciencia de clase, cuestionado varias décadas antes por la izquierda de la socialdemocracia —Luxemburgo, Korsch, Pannekoek—, abre un nuevo capítulo en la desestalinización. Detrás de este problema, el de la función del partido en el proceso de constitución del proletariado en sujeto de la revolución, se esconden problemas no menos profundos en otro orden de cosas. Así, en el plano filosófico y epistemológico, está el problema de la relación entre teoría y realidad y del grado en que dicha realidad puede ser captada por el cuerpo especial de intelectuales conformadores del partido-guía. Además, era necesario repensar la relación marxista entre teoría y praxis buscando trascender la visión positivista de la verificación (en cuanto a un uso deductivo de la teoría acumulada y no de la reconstrucción de ésta). En suma, se hacía posible la reapropiación de la concepción marxista de la realidad en movimiento y de ésta como articulación entre objetividad y subjetividad, así como de las consecuencias metodológicas que contienen estos presupuestos del materialismo marxista.

La respuesta estalinista a estas cuestiones había sido codificada por los sabios de la Academia de la URSS y era la guía indiscutible en el conocimiento del “verdadero” marxismo; conocimiento que si bien en el plano teórico general quedaba a cargo de los científicos de la Academia, en los niveles de la política de los partidos comu-

nistas correspondía a la dirección del partido soviético. El conocimiento estalinista tenía que ser forzosamente de corte deductivo, desde el momento en que se concebía a la sociedad sujeta a leyes —las del materialismo histórico— y en ella, la acción de los sujetos era propiamente la de marionetas encargadas de cumplir los designios de algún oculto demiurgo. Así, los problemas de la táctica y la estrategia eran definidos desde el Kremlin y legitimados a partir de la interpretación “correcta” de Marx y Lenin.

El predominio estalinista en el proceso del conocimiento implicó en Italia, tanto como en el resto del mundo, el virtual olvido de la lectura de Marx. Panzieri es de los primeros que de una manera creativa emprende una lectura sistemática de los clásicos del marxismo, encontrando un Marx diferente al de la Academia.

Los problemas a que nos referimos a nivel internacional tenían una correspondencia nacional en cuanto a las concepciones de la relación entre el partido y la clase obrera, a la política sindical, al problema del parlamentarismo, etc. El punto de vista nacional de la crítica de Panzieri a la política marxista en Italia habla de una virtual escisión entre táctica y estrategia en el movimiento obrero. La estrategia se volvía abstracta desde el momento en que no encontraba una articulación precisa con la táctica y la táctica se volvía empírica, puramente reivindicativa, alimento del gradualismo táctico y del reformismo.

Esta escisión entre táctica y estrategia en el movimiento obrero estaba implícita en la concepción de la política sindical, básicamente destinada a la contratación y cuyo espacio se encontraba únicamente en el campo institucional.

Por otra parte, si los partidos marxistas de la época se mostraban impotentes para recuperar el concepto marxista de revolución, en parte era debido a su incapacidad para comprender el ciclo capitalista de la posguerra, con su crecimiento económico de larga duración y la consolidación del Estado social. En suma, era la incapacidad de explicar el auge del capitalismo de la posguerra y de actuar en consecuencia.

Un sindicalismo que se movía fundamentalmente en el terreno de la circulación de la fuerza de trabajo, en los planos salarial y de ocupación, en una coyuntura de auge cercana al pleno empleo y a la consolidación del Estado social no podía sino caer en algún tipo de integralismo.

El integralismo, es decir, la integración funcional de la clase obrera al capital, es una de las grandes preocupaciones de la izquierda comunista de finales de los cincuenta y principios de los sesenta. Al respecto, las teorías del neocapitalismo hablaban de esta

integración proletaria, de la pérdida de su filo revolucionario; aun los más optimistas trasladaron el eje de la revolución al Tercer mundo o a los sectores marginados de las metrópolis en virtud del integralismo de la clase obrera.

Para Panzieri la ideología reformista o integrativa comunista era producto en parte de la ausencia de una política de fábrica tanto en el PCI como en el PSI, ausencia que se observaba en la escisión entre la lucha sindical y la lucha política, ya que la primera se reducía a la mera contratación de la fuerza de trabajo y la segunda a lo electoral o parlamentario. Panzieri creyó encontrar en su investigación que, tras este integralismo, la elevación del salario real y de las condiciones materiales de existencia de la clase obrera había, a nivel fabril, una conflictividad permanente, una violencia fabril que mantenía constante el choque entre el capital y el trabajo.

Panzieri, en su artículo "Acerca del uso capitalista de la máquina",<sup>1</sup> señaló que la violencia fabril era inherente a la producción capitalista, y que la resistencia obrera al dominio del capital se daba en el propio proceso de trabajo. El análisis de los procesos productivos revelaba una continua reestructuración e incremento de la explotación del trabajo por el capital. Este antagonismo negaba así la posibilidad de cualquier reformismo.

Implícita en la crítica que realiza Panzieri al reformismo se encuentra una propuesta de táctica y estrategia: convertir a la fábrica en el terreno decisivo de la lucha de clases,<sup>2</sup> desde el momento en que la relación de producción no es entendida sólo como relación económica, relación de explotación, sino también como relación de dominación. La fábrica es entendida, de esta manera, como el terreno en el que el capital impone su dominio a la clase obrera, la subordina y la convierte en parte de sí mismo como capital variable.

Sin embargo, la clase obrera no es sólo objetividad, capital variable, sino también subjetividad; esta dualidad abre la posibilidad de que la objetividad de la clase devenga subjetividad y, a la inversa, que la lucha obrera transforme las condiciones de producción y reproducción del capital.

El cuestionamiento del terreno sindical como el de la circulación y el del político como el electoral y parlamentario —destacando el ámbito del trabajo como terreno total de confrontación—, lleva a

<sup>1</sup> R. Panzieri, "Acerca del uso capitalista de la máquina", en *La división capitalista del trabajo*, Cuadernos de Pasado y Presente, Siglo XXI, México, 1976.

<sup>2</sup> Este énfasis de Panzieri en la lucha fabril, y su relativo olvido del ámbito estatal tradicional, le mereció el mote de "obrerista".

Panzieri a la crítica de la función del partido-guía, entendido como aquel que, a partir del conocimiento de la ciencia marxista (núcleo de la conciencia de clase), se encarga de llevar esa conciencia desde afuera al proletariado. Panzieri contrapondrá a esta concepción de partido la del *partido instrumento* de la clase, ubicada dentro de una idea nueva del rumbo de la revolución y de la construcción del socialismo sintetizada en la consigna del control obrero.

En el fondo de estas críticas a las posturas del estalinismo estaba el rechazo a la idea de la historia movida por las fuerzas productivas, las cuales deberían transformar las relaciones de producción, y que suponía el progreso técnico como progreso en abstracto. A esta visión Panzieri opondrá un regreso a la idea marxista de historia como articulación entre objeto y sujeto, en donde el movimiento del objeto depende también del sujeto, y en esa medida la transformación de aquél no es simple evolución naturalista.

#### LA RENOVACIÓN DEL MARXISMO EN LA OBRA DE PANZIERI

Castoriadis señalaba unos años antes que Panzieri que en el mundo de la lucha de clases dos sectores de la realidad aparecen comúnmente separados: por un lado el de los militantes políticos preocupados porque sus propuestas sean recogidas por el movimiento obrero y, por otro, el de los obreros preocupados por sus reivindicaciones inmediatas.<sup>3</sup>

Para los militantes, el reto es lograr que el proletariado asuma sus tareas "históricas". En esta concepción de los militantes partidarios —dice Castoriadis— hay una idea de la separación entre lo económico y lo político, entre lo cotidiano y lo histórico; hay también la paradoja de una clase espontáneamente sindicalista y, a la vez, depositaria de una misión histórica. Ante tal paradoja se han intentado dos soluciones: la de la conciencia que llega al proletariado desde afuera y la teoría del derrumbe.

El problema de cómo la clase obrera deviene de clase en sí en clase para sí se relaciona con la cuestión del papel de los intelectuales y partidos en esa transformación e, igualmente, con la relación que en el proceso histórico de la conformación de los sujetos transformadores se establece entre teoría y práctica. En síntesis, de si la teoría es capaz de predecir el papel de los sujetos y de cuál es la rela-

<sup>3</sup> C. Castoriadis, *La experiencia del movimiento obrero*, Tusquets, Barcelona, 1979.

ción entre objetividad y subjetividad y la relación que entre estos elementos guarda la ciencia.

En este sentido, Panzieri plantea tres líneas de investigación en *Quaderni Rossi*: el análisis de la condición obrera a partir de la relectura de *El capital*, la crítica al integralismo, y el estudio del conflicto capital-trabajo en el proceso de trabajo.<sup>4</sup>

Panzieri, desde *Quaderni Rossi*, hizo la propuesta de convertir el proceso de trabajo en un campo de confrontación política entre capital y trabajo, y con ello estaba planteando una renovación importante en los puntos de vista marxistas prevalecientes en su momento, específicamente retomando el planteamiento de Marx que señala que el proceso de producción se desdobra en proceso de trabajo y proceso de valorización. Con esta reapropiación, Panzieri está criticando las concepciones positivistas y naturalistas que provenían del punto de vista estalinista.

El estalinismo, al expropiar la iniciativa al proletariado, deja a éste únicamente el papel de creador de la riqueza, convirtiéndolo en última instancia en sujeto pasivo en manos ya sea de burgueses o de comunistas, todo ello fincado en la pretensión de una supuesta científicidad partidaria. Panzieri, en "Acercas del uso capitalista de la máquina", no sólo establece que en el mundo del trabajo hay una conflictividad permanente entre el capital y el trabajo desde el momento en que el proceso de trabajo y el proceso de valorización permanecen indisolublemente unidos en la producción capitalista; es decir, que el mundo de las relaciones sociales de producción resulta no sólo del mundo de la explotación, del mundo donde se genera el valor y la plusvalía —a pesar de ser el aspecto que determina la lógica de la acumulación capitalista—, sino también el mundo en el que en concreto se enfrentan el capital y el trabajo por el control sobre el proceso de trabajo.

Pero proceso de trabajo no es entendido por Panzieri a la manera de los sociólogos de las organizaciones, quienes también hablan del conflicto y del poder en el proceso de trabajo, sino que para Panzieri el conflicto encuentra su última razón en la búsqueda de la subordinación del proceso de trabajo a las necesidades de valorización del capital. Recordando que determinación desde el punto de vista marxista no significa reducción, esto es, no basta con conocer el fenómeno de la explotación para dar cuenta de la relación capitalista de producción sino que, el proceso de trabajo, en tanto terreno del enfrentamiento por el control del mismo, debe ser

<sup>4</sup> Véase A. Negri, *Del obrero masa al obrero social*, Anagrama, Barcelona, 1982.



estudiado específicamente para dar cuenta de las relaciones existentes en el proceso de la producción. En esta concepción, la relación social de producción no es únicamente una relación económica de explotación, sino propiamente una relación totalizante con determinación en el ángulo de la valorización. Una relación también política, ideológica, cultural. De esta manera, la clase obrera como sujeto de relaciones de producción no aparece sólo como sujeto estructural, sino como una articulación entre objetividad y subjetividad con eje en el proceso de producción.

En este intento por dinamizar la visión de la sociedad, ésta es vista por tanto como articulación íntima entre objetividad y subjetividad; así, base y superestructura adquieren una dinámica que desde algunos escritos de Marx no se observaba en el marxismo.

No existe la objetividad separada de la subjetividad en la sociedad; son dos caras de la misma moneda: del proceso histórico. La clase obrera ya no es la simple objetividad como clase en sí en espera de los transmisores de subjetividad. El mismo partido, y los intelectuales, son sujetos de su tiempo y, en esta medida, su capacidad de conocer se encuentra también determinada por la situación de la lucha de clases y las condiciones materiales.

Si se quiere analizar la clase obrera históricamente, tal intención implica verla unida al avance material del capitalismo (como parte que es del propio capital), pero, a la vez, es obligatorio considerar ese cambio material en íntima relación con la propia capacidad de la clase obrera para imponer con sus luchas nuevas condiciones de producción. El espacio donde esta articulación se da con las dos dimensiones mencionadas es precisamente el del proceso de trabajo porque ahí es donde de manera inmediata el capital y el trabajo se relacionan objetiva y subjetivamente.

Por lo dicho, para Panzieri las reestructuraciones productivas deben entenderse en su doble dimensión: como propuestas del capital en aras de una mayor tasa de ganancia, pero también como respuestas de éste a la resistencia obrera en el mismo proceso de trabajo. Aquí, la resistencia obrera está relacionada con las propias características de los procesos productivos (en cuanto a su subordinación como procesos productivos al capital), así como con la de la propia clase obrera involucrada en dichos procesos y con el control de la misma sobre el proceso de trabajo. En este sentido, el avance del capitalismo acepta otro nivel de análisis y articulación con procesos más globales al nivel del proceso de producción.

La importancia que *Quaderni Rossi* dio a esta mediación entre proceso de trabajo y proceso de valorización, en tanto subsunción real y/o formal del trabajo al capital, llevó a Panzieri a reflexionar

sobre la importancia del pasaje hacia el taylorismo y las implicaciones de éste en las relaciones entre capital y trabajo en el proceso de trabajo, enfatizando el problema del poder. Igualmente se acentuaban las implicaciones de la organización científica del trabajo en las características de la propia clase obrera.

Los procesos productivos pretayloristas se caracterizaban por una relativa autonomía del obrero en el proceso de trabajo, por una capacidad de controlar su propio tiempo de producción. A estos procesos productivos les corresponde el predominio de un tipo de obrero, el obrero de oficio, el obrero de la I Internacional y del sindicalismo gremialista.

El monopolio que este obrero tiene del conocimiento y de las operaciones en el proceso de trabajo se convierte en la fuente de su capacidad de resistencia y en un obstáculo a la acumulación del capital. La propuesta de Taylor va precisamente en el sentido de buscar la destrucción de este tipo de obrero y de su capacidad de resistencia a través de la reestructuración de la organización del trabajo, disociando las tareas de concepción y ejecución y expropiando ese conocimiento que caracterizaba al obrero de oficio y depositándolo en la dirección de la empresa. Por esto Panzieri señala que las reestructuraciones tecnológicas, en vez de ser concebidas como producto de la ley de evolución material de las fuerzas productivas deben verse en su articulación con la superestructura actuando en el propio lugar de trabajo.

Se está proponiendo así una concepción sintética entre base y superestructura y no disociada por esferas; con ello, la base económica adquiere dinamismo histórico y rumbo no predeterminado por leyes inviolables. En esta concepción, la historia resulta de un proceso constante de articulaciones y rearticulaciones entre objetividad y subjetividad.

La necesidad que tiene el capital de vencer la resistencia obrera se traduce en la necesidad de expropiar a la clase sus espacios de autonomía en el proceso de trabajo, esto es, la subordinación creciente al capital en el proceso de trabajo: la descalificación.

De esta manera, descalificación se convierte para Panzieri en un concepto central que sintetiza el enfrentamiento que hay por debajo de las reestructuraciones productivas. La connotación que este concepto adquiere en el autor es el de pérdida de poder del obrero en el proceso de trabajo.

Y si reestructurar es descalificar, ello implica también transformar a la propia clase obrera que forma parte del proceso productivo. Respecto a este punto Panzieri acuña el concepto de *composición de clase y figura obrera* para referirse a las características

concretas de la relación entre capital y trabajo en el proceso de trabajo.

Composición de clase no se equipara a fracción de clase, sino que remite a un nivel de abstracción menor en un intento por dinamizar el propio concepto de clase. Es decir, en esta concepción y en este intento, la clase no resulta solamente un objeto estructural definido por su relación con los medios de producción, sino que se constituye en una auténtica relación social en sus dimensiones objetivas y subjetivas, principalmente referidas al proceso de trabajo; por tanto, la relación social de producción no es vista únicamente como relación de explotación (este único nivel impide ver a la clase en movimiento desde el momento en que todo empleado productivo del capital es un explotado generador de plusvalía), sino que, con el trasfondo y la determinación de su ubicación en procesos de valoración, se trata de ver ahora a la clase obrera relacionada con el capital en procesos de trabajo en transformación. Pero en una transformación no naturalista o pasiva, sino en donde la clase, como totalidad, es un elemento activo.

De esta manera, la relación entre el capital y el trabajo en el proceso de trabajo tiene que ser desglosada en tanto relación del obrero con los medios de producción y con la jerarquía de mando de la empresa, así como con los demás obreros, todo ello aunado al problema de la subordinación y la capacidad de mando del capital sobre el trabajo.

Como consecuencia, las etapas del avance en los procesos productivos se caracterizan por una composición determinada de clase, en el sentido de una distribución de diferentes figuras obreras actuantes a la vez en los mismos procesos productivos; figuras obreras caracterizadas por cierta forma de relación con el capital en el ámbito de la valorización pero, principalmente, en el ámbito del proceso de trabajo por su nivel de control sobre el mismo.

Para Panzieri, las reestructuraciones productivas se traducen en recomposiciones de clase y, en esta medida, composición de clase adquiere un sentido histórico y articulado con el proceso capitalista global y no simplemente descriptivo del cambio en la propia clase obrera.

El concepto de composición de clase es, en la línea de pensamiento de Panzieri, el concepto central que sintetiza sus concepciones sobre la clase obrera, la lucha de clases, la relación entre teoría y práctica, la estrategia y el socialismo. Composición de clase no es un concepto pasivo, sino que expresa ubicación objetiva en relaciones en el seno del proceso de trabajo, pero también subjetividad obrera en tanto relación dinámica entre estos dos niveles articulados

en el espacio de la lucha por el poder sobre el proceso de trabajo.

La resistencia obrera en el proceso de trabajo está enmarcada en las condiciones materiales de la relación que potencian ciertas formas de resistencia con respecto a otras; a su vez, la resistencia obrera se revierte sobre las condiciones objetivas al ser el componente activo en las reestructuraciones emprendidas por el capital.

Con el análisis de Panzieri, el marxismo recobra su sentido de la historia ajeno al naturalismo y al voluntarismo; en este sentido, la objetividad no será ya un substrato dado sino un componente activo articulado con la subjetividad.

A una composición de clase corresponderán formas de conflicto en el proceso de trabajo relacionadas con las características de éste y de la propia clase.

Panzieri se interesa por refutar las teorías objetivistas del progreso técnico que ven a éste como el elemento dinámico del desarrollo social. En contraposición, planteará que son las necesidades del capital (de acumular y de vencer la resistencia obrera) las que imponen el cambio tecnológico. Aquí hay también un concepto de tecnología que no se reduce a la idea de maquinismo, sino que incluye los métodos y organización del trabajo en tanto racionalidad que se opone al obrero como poder extraño que lo controla y domina.

La novedad panzeriana consiste en ver la relación de producción como relación de poder; en esa medida, el espacio del proceso de trabajo aparece potencialmente como un espacio central de la lucha política por el poder contra el capital. En Panzieri, política y economía no tienen la distinción tajante que aparece en el *¿Qué hacer?* de Lenin; la lucha económica puede ser política desde el momento en que la relación de trabajo es también relación de poder. Pero en lo inmediato la contradicción en el proceso de trabajo no es para Panzieri una lucha política sino que puede convertirse en política en la medida en que la *contradicción cotidiana se convierta en antagonismo*, y que la clase obrera como *capital variable se transforme en movimiento obrero autónomo*.

La dinamización y complejización de la lucha de clases en Panzieri lleva también a una reconsideración del *espacio de la política*, tradicionalmente reducido al de la lucha por el poder del Estado. Para Panzieri, el espacio de lo político no es algo cuyos contornos estén predefinidos, sino que la lucha de clases puede ir politizando espacios insospechados por la teoría y aparentemente alejados de la esfera estatal. No se trata de la concepción gramsciana del Estado ampliado, que en su ambigüedad llega a confundir Estado y sociedad, sino de reconocer potencialidades al proceso de trabajo como lugar de enfrentamiento entre las clases por el poder. Panzieri

no niega la mediación política estatal sino que, en su concepción, el espacio político se alarga. Al respecto, Panzieri dirá que "la batalla política no se reduce a la fábrica, se combate en todos los niveles", pero el problema del poder nace al nivel de la fábrica. En otras palabras, la lucha por el control obrero del proceso de trabajo puede ser una lucha política.

Así como el espacio del proceso de trabajo es definido como un campo potencial de la lucha de clases, la composición de clase que permite dar cuenta de la globalidad de la condición de la clase no se reduce a su composición técnica, sino que incluye una composición social y otra política sin las cuales el intento panzeriano de dinamizar la estructura y superestructura caería en un nuevo reduccionismo: el tecnológico. En este sentido, su propuesta se articula con alternativas metodológicas más profundas. Si un problema es el análisis de la composición de clase en cuanto a las potencialidades de la coyuntura para conformar un movimiento autónomo de clase, entendido como movimiento que es capaz de generar un proyecto viable de transformación social opuesto al proyecto burgués, otro problema es ahora cómo proceder a desentrañar esas potencialidades. Una solución es considerar la teoría como modelo teórico con capacidad por ella misma no sólo de explicar sino de predecir. Esta concepción tendría que caer en algún tipo de reduccionismo, por ejemplo, la reducción de la composición de clase a la composición técnica, o bien en un análisis multivariado de la predicción, la eliminación de los sujetos o su cosificación en un intento de reducir sus comportamientos a leyes objetivas. Aunque no contenida explícitamente en Panzieri, podríamos pensar que una alternativa es la idea de la reconstrucción de la composición de clase y de sus potencialidades de acción como una totalidad de determinaciones y articulaciones en el propio proceso de investigación por un lado, y por otro, la posibilidad de que el conocimiento no aislase objetividad de subjetividad sino que las incluyese en un proceso de búsqueda y también de acción. Es decir, reivindicar la historicidad de los sujetos y no al sujeto abstracto.

Este planteamiento complejo del problema de la práctica y del conocimiento tiene lógicamente implicaciones en cuanto al *papel de los intelectuales* y de los partidos como intelectuales colectivos en la transformación de la clase obrera en movimiento obrero autónomo: el famoso tránsito de la clase en sí en clase para sí. Desde el momento en que la clase obrera como composición de clase no es un simple sustrato objetivo sino una realidad histórica en transformación, donde su subjetividad no depende exclusivamente de los

partidos sino de las condiciones de su composición de clase, lo cual implica determinación material y social general, pero también la influencia de ella misma sobre estas condiciones, el papel de los intelectuales se relativiza y está a su vez determinado por las condiciones de la clase.

Es decir, la clase deja de ser vista como clase en sí, como pasiva, como importante sólo en su objetividad, objetividad reducible a sus condiciones de explotación, para verla como una clase activa, forjada y forjadora de su subjetividad. Con esto desaparecen las ingenuas ideas de una clase obrera eternamente engañada por dirigentes o por partidos a pesar de ser depositaria de una misión histórica. La historia no aparece predeterminada *ni el socialismo es inevitable: lo que existen son potencialidades que pueden o no realizarse en la realidad histórica*. En este planteamiento hay un trasfondo en cuanto a la concepción del partido que, poseedor de la ciencia del marxismo, lleva la conciencia desde afuera al proletariado, desde el momento en que se relativiza la capacidad de esa ciencia, o mejor aún, la tarea de la ciencia de la revolución se reformula y distancia de la cientificidad positivista. Los educadores deben ser educados, decía el viejo Marx; Panzieri agregará que los partidos y los intelectuales no tienen la tarea ni la capacidad de revelar a la clase obrera su destino, desde el momento en que ese destino no está predeterminado y hay también condicionantes sociales del conocimiento que lo relativizan en su capacidad de captar procesos no naturales, procesos de los cuales, cercana o distantemente, la propia ciencia forma parte en una red compleja y en reestructuración.

#### UNA DIGRESIÓN TEÓRICA<sup>5</sup>

La unidad entre proceso de trabajo y de valorización y el inicio de la búsqueda de articulaciones entre ellos se encuentra en Marx. Podemos encontrar algunas de estas articulaciones en la sección cuarta del primer volumen de *El capital*, en los *Grundrisse*, en el *Capítulo VI inédito* y en los materiales sobre ciencia y tecnología, aunque comúnmente en la historia del marxismo no fueron consideradas sino como pasajes de la historia del capitalismo y no lo que son: parte integrante de la reconstrucción de la totalidad en la obra de Marx.

En la sección cuarta de *El capital*, cuando Marx analiza el paso

<sup>5</sup> Este apartado está basado en la sección IV de *El capital*, *El capítulo VI (inédito)*, los *Grundrisse* y los *Manuscritos sobre ciencias y técnicas* de Carlos Marx.

de la manufactura a la gran industria, dice que con la cooperación nace la necesidad de la dirección y esta función se vuelve una prerrogativa del capital; es decir, la función de dirección no es algo natural sino que depende de la función de explotación. La función de dirección del capital se vuelve concreta a través de un plan y un control sobre el proceso de trabajo. Es decir, el concepto de dirección y control se convierte en Marx en un concepto mediador entre proceso de trabajo y de valorización. Las dos caras de la relación de producción se pueden ver también a través de los conceptos centrales que las definen. El proceso de valorización sólo adquiere coherencia teórica en el tratamiento de Marx a través del concepto de explotación y ello es así porque explotación es un concepto relacional que implica forzosamente las dos partes: capital y trabajo, una relación desigual y contradictoria. Pero, a la vez, el nivel del proceso de trabajo adquiere sentido en consonancia con el de explotación con la mediación del concepto de subsunción del trabajo al capital. Desde el momento en que la relación de producción es concebida como contradictoria, lo importante a destacar en el proceso de trabajo es cómo la necesidad de valorización del capital se impone en ese nivel.

La valorización se impone a través de una dirección del capital del proceso productivo y de un plan; pero dirección y plan no necesariamente implican contradicción entre las partes si no se especifican mediante un concepto más central, en el sentido de ser más sintético y poseedor del ángulo que se quiere destacar; este concepto es el de subsunción del trabajo al capital. La subordinación del trabajo al capital en el proceso de trabajo implica que el capitalista se erige en dirigente e impositor de un plan. El capital que consume la fuerza de trabajo la dirige y la vigila coercitivamente. Con la subsunción real, Marx completa el panorama de la articulación entre proceso de trabajo y de valorización. En la gran industria no sólo el trabajo se subsume al capital como capacidad de dirección de éste, sino también al medio de trabajo, como parte del capital constante que es. Se trastoca así la realación entre capital constante y variable, y el obrero se convierte en mediador entre elementos del capital constante, en instrumento de la máquina.

La máquina culmina la codificación de la relación capitalista; el obrero se enfrenta a sus condiciones de trabajo como poderes autónomos que se le presentan como fetiches dotados de voluntad. La subordinación del trabajo a la máquina adquiere connotaciones concretas: la actividad humana productiva es determinada y regulada por la máquina, la calidad del producto deja de depender de la habilidad del obrero, la máquina resulta producto de una ciencia

que no forma parte de la conciencia del obrero. El concepto de subsunción del trabajo al capital, con todo y ser abstracto y permitir otros niveles de concreción conceptual, es un concepto de mediación y a la vez central en el nivel de proceso de trabajo; es un concepto que denota por un lado conexión con formas de explotación y por el otro con formas de control y figuras obreras históricas.

Cuando Marx analiza la manufactura capitalista, señala que desde el punto de vista técnico el proceso de trabajo manufacturero no es revolucionado por el capital ni recreado por éste. El proceso de trabajo manufacturero es el resultado de descomponer el oficio precapitalista en operaciones discretas. La base de estos procesos no son las máquinas sino el trabajo manual dependiente de la fuerza, destreza, rapidez y seguridad del obrero. Una base técnica como ésta excluye el análisis científico del trabajo. La figura obrera dominante en esta etapa productiva es el obrero de oficio, aquel obrero que se caracteriza por tener el monopolio del conocimiento de las operaciones productivas. Es la etapa de los sindicatos gremiales, cuya capacidad de resistencia obrera —añade Marx— se basa en que la manufactura descansa en la habilidad manual del operario, habilidad asociada a un conocimiento práctico del proceso, conocimiento que no le ha sido expropiado ni es objeto todavía de la ciencia.

Pero la capacidad de resistencia del obrero de oficio se convierte en un obstáculo para la acumulación del capital; la reestructuración productiva que representa la introducción del maquinismo implicó toda una revolución en las relaciones de producción. El capital revoluciona las condiciones técnicas del proceso de trabajo apropiándose del propio proceso de trabajo, moldeándolo de acuerdo a la sed capitalista de plusvalía. El medio de trabajo se subsume ahora en el proceso de producción capitalista y se trastoca la relación manufacturera entre el hombre y el instrumento: el elemento activo del proceso de trabajo deja de ser el obrero y se traslada a la máquina. El obrero es ahora el mediador entre la máquina y la materia prima, el obrero se vuelve instrumento de la máquina. Dice Marx que la máquina completa la reificación del trabajo, el trabajo pierde su aspecto subjetivo, ya no es principio sino mediación, está subordinado a una cosa: la máquina. Marx concluye diciendo que con la subsunción real hay una subsunción material del trabajo en el instrumento y de esta manera el capital ha subsumido en su totalidad la relación de producción. Pero la máquina no sólo aparece como instrumento de subordinación sino también de explotación y así la articulación entre subsunción real y plusvalía relativa permite a



Marx recuperar la articulación moderna en el proceso de producción capitalista.

En los manuscritos sobre ciencia y técnica, Marx añadirá que la introducción de la máquina representa para la clase obrera la sustitución del trabajo simple por el trabajo calificado, en búsqueda, por un lado, de reducir el valor de la fuerza de trabajo, y a la vez, de romper la resistencia del oficio y crear una nueva clase obrera más fácilmente sustituible; de ahí la incorporación masiva de mujeres y niños al ejército del trabajo. Surgen así nuevos tipos de obreros, se barren atrasadas jerarquías, la clase se uniformiza desde el momento en que los obreros pueden intercambiarse ya que los movimientos y ritmos no dependen de ellos y la pericia desaparece ante la ciencia. La máquina permite aumentar la productividad del trabajo y a la vez la intensidad del mismo desde el momento en que rompe la capacidad de resistencia obrera. La subsunción real del trabajo al capital, que significa la subordinación extrema de toda la relación capital-trabajo a la lógica de la valorización, intensifica la función de dirección del capital sobre el proceso de trabajo, el papel del plan de producción, el del control capitalista sobre el proceso de trabajo, adquiriendo su racionalidad la forma de ciencia aplicada a la producción. La ciencia tiende a convertirse en una fuerza productiva directa, no sólo en la forma de ciencia natural aplicada a los procesos productivos sino en su articulación con la ciencia social a través de la contabilidad y la microeconomía. El determinismo científico se vuelve una necesidad del capital en cuanto aspiración a la ganancia y con ello desaparece para esta ciencia la distinción entre ciencia natural y social.

Creemos que en la obra de Marx está ya presente la idea de la relación de producción como relación de explotación y también de poder, de confrontación entre el capital y el trabajo por el control del proceso de trabajo. Un análisis que pretendiera ubicarse en la perspectiva marxista de la totalidad tendría que tomar en cuenta que la relación de explotación es a la vez de poder, que la relación entre el capital y el trabajo no se agota ni puede analizarse sólo desde la vertiente de la explotación; si el problema es cómo la clase obrera puede transformarse de capital variable en movimiento obrero, esto tiene que incluir niveles diversos de la condición obrera, uno de los cuales es el de la vida obrera del trabajo. El solo cálculo de tasas de explotación, de ganancia, el definir que los mecanismos de explotación pudieran consistir en pagar por debajo del valor, etc., es incapaz de permitirnos explicar el movimiento de la clase, porque en estos análisis la clase parece como un sustrato, como simple objeto de explotación y las tendencias de la tasa de ga-

nancia, por ejemplo, tendrían comportamiento legal sin la intervención de los sujetos, sin implicaciones en y por la lucha de clases. Si, en cambio, consideramos con Marx que la reestructuración productiva ni se emprende ni se impone al margen de la resistencia obrera, estas reestructuraciones no serán ya tendencias naturales del capital hacia el progreso, sino producto y productoras de lucha de clases. Esta visión de la historia del marxismo como articulación entre lo objetivo y lo subjetivo permite ver la relación de producción como relación de poder, relación de poder que no depende inmediatamente de la ideología de los sujetos, sino que responde a contradicciones objetivas que sólo potencialmente se convierten en política cuando enfrenta a clase contra clase por el poder en el proceso de trabajo.

#### DEL ANÁLISIS DEL PROCESO DE TRABAJO A LA TÁCTICA OBRERA Y A LA CONCEPCIÓN DE SOCIALISMO

Panzieri, en su artículo "Lucha obrera en el desarrollo capitalista",<sup>6</sup> avizora un viraje en el contenido de las luchas obreras: de la lucha obrera en el ámbito de circulación de la fuerza de trabajo (salario y empleo) a la de proceso de trabajo. Ciertamente Panzieri resulta un visionario con una capacidad poco común para adelantarse a los acontecimientos; en vida, todavía este viraje no aparecerá prefigurado con precisión en la realidad, pero sus consideraciones teóricas prevén muchos de los sucesos de la oleada consejista después de 1968.

En el artículo señalado, Panzieri establece que en el capitalismo avanzado ha desaparecido la distinción entre *lucha económica* y *lucha política*,<sup>7</sup> debido a dos circunstancias: primero porque la subsumición real del trabajo al capital articula de manera precisa explotación con lucha por el poder en el proceso de trabajo, y segundo porque en el Estado capitalista actual el Estado interventor ha convertido la economía política en política económica.

Al capitalismo avanzado le es consustancial el *plan*: plan productivo, plan del mercado de trabajo, plan de realización de la mercancía, plan de la reproducción de la fuerza de trabajo. En esta me-

<sup>6</sup> R. Panzieri, "Lucha obrera en el desarrollo capitalista", en Enrique de la Jarza y Horacio Vázquez (comp.), *Clase obrera, sindicato y partido: el obrerismo italiano*, (mimeo), UAM-I, 1988.

<sup>7</sup> Esta identificación entre lucha económica y lucha política debe interpretarse como extensión potencial del ámbito de lo político.

didada no hay contradicción entre planificación y capital, al grado que la planificación se ha convertido en un instrumento de explotación. Al nivel de empresa, la primera manifestación de la planificación sería la separación entre dirección y ejecución. Sin embargo, no en todas las etapas de la producción capitalista la planificación habrá adquirido las mismas connotaciones. El capitalismo de libre concurrencia se caracteriza por una contradicción: anarquía en la división social del trabajo con respecto a planificación en la división del trabajo en fábrica. En la etapa monopolista y del surgimiento del Estado keynesiano, la planificación social adquiere caracteres extremos. El predominio del mecanismo de la plusvalía relativa en este periodo socializa la explotación, según Panzieri, e impone la necesidad de la planificación del proceso social de la producción y reproducción de la fuerza de trabajo.

Pero la planificación social tiene otro significado no menos importante. Esta reafirma la centralidad de la producción sobre la sociedad y la dominación de la lógica del capital en el conjunto de las relaciones sociales. En este contexto, la fábrica adquiere dos significados: uno en sí misma y otro como dominante de las relaciones sociales. Dirá Panzieri que la fábrica tiende a permearse toda la sociedad civil y su racionalidad tiende a diseminarse por toda la sociedad. Con el surgimiento de la *fábrica sociedad* y de la *sociedad fábrica*, es decir, una fábrica que sintetiza el conjunto de las contradicciones sociales y una sociedad que se ve sujeta a la lógica del capital, el campo de la política se amplía. La fábrica ya no es sólo economía sino el lugar donde el plan microeconómico se impone autoritariamente y en donde el plan estatal se concretiza. Asimismo, lo estatal ya no es sólo el ámbito de lo político como terreno desgajado de lo económico, sino que es también el de la regulación del ciclo. Política y economía van de la mano, como caras de la misma medalla. La ampliación y compenetración de los espacios de la economía y de la política hacen pensar a Panzieri que hoy la lucha de clases es una lucha total, en el conjunto de la sociedad civil y no únicamente en el espacio del proceso de trabajo.

Los planteamientos de Panzieri acerca del papel capitalista de la planificación y de la fábrica-sociedad contienen dos intenciones muy precisas; primera, tratar de escapar al estrecho obrerismo que reduce la lucha de clases únicamente al nivel del proceso de trabajo o que ignora la existencia de otras clases en la sociedad, diferentes al proletariado y a la burguesía. En segundo lugar, va en contra del reformismo socialista entendido como estatización y planificación de la economía. Para Panzieri, el plan estatal capital no es la preparación del socialismo en el sentido institucional, es decir, de la utili-

zación socialista de las instituciones creadas por la planificación estatal capitalista. La preparación al socialismo está para Panzieri en la universalización de la contradicción capital-trabajo, no en el sentido estricto de creación de plusvalía como después aparecerá en Negri con su concepto de obrero social, sino de la subordinación de la sociedad a la lógica del capital. La universalidad de la contradicción capital-trabajo significa su conversión en la contradicción entre capital y sociedad.

#### EL USO SOCIALISTA DE LA ENCUESTA OBRERA Y LA IDEA DE PARTIDO Y CONTROL OBRERO

Panzieri propone una visión del proletariado que elimine parcialidades y lo desmistifique; señala que hay dos parcializaciones en tanto ópticas de análisis del proletariado: una el objetivismo, que ve al proletariado únicamente como capital variable, como parte del capital, como objeto estructural; otro, el subjetivismo, que analiza únicamente a la clase obrera como movimiento obrero, en tanto voluntad. La eliminación de la parcialidad pasa evidentemente por la consideración de la clase obrera en tanto *sujeto-objeto*, lo cual impone al marxismo un problema central que lo distingue de los socialismos académicos. *El gran problema teórico-práctico será cómo la clase obrera, en tanto creación y parte del capital, puede llegar a convertirse en movimiento obrero autónomo* o de cómo la contradicción cotidiana entre el capital y el trabajo se convierte en antagonismo. Esta definición del problema fundamental para el marxismo define —en Panzieri— el estatus científico de éste como conocimiento. *El marxismo sería una sociología* en tanto visión de la vida social como relaciones sociales y por su carácter totalizante no especializado. Además, una *sociología concebida como ciencia política, como ciencia de la revolución*.

Una ciencia de la revolución que mantenga la perspectiva de una realidad social en permanente rearticulación entre los aspectos legalliformes de la misma y los voluntarios tiene que ser opuesta a la idea del marxismo como sistema teórico que en el plano político conduce a una visión metafísica del proletariado y de su "misión histórica". Es decir, no basta en el punto de vista de Panzieri con reivindicar el espacio de vida del trabajo como terreno de investigación, ni aun con el agregado que hacíamos de la necesaria reconstrucción de la totalidad. Lo que da el sello distintivo a Panzieri es la posibilidad de desarrollar a partir de su pensamiento una concepción de la historia como articulación de coyunturas relativamen-

te abiertas que, en la ciencia de la revolución, por ser función también de lo subjetivo, no podría ser sino determinista y a lo sumo llegar a definir los campos de acción viables de los sujetos. Sin embargo, este punto de vista tampoco escaparía al cientificismo, convirtiéndose en uno de corte metodológico, si no se completa con la idea de que el conocimiento es también dependiente de la situación social.

Panzieri aventura una solución metodológica a esta complejidad con su propuesta de la *coinvestigación*.<sup>8</sup> La coinvestigación se convierte para Panzieri en una forma de intervención política en la que los verdaderos sujetos prácticos no son vistos como cosas sino en sus dos dimensiones: como sujetos-objetos, en un proceso en el que la coinvestigación forma parte de ellos. La coinvestigación no es un pretexto para que los intelectuales encuentren un auditorio obrero desde el momento en que las alternativas no son función única de la teoría, sino que aparecen en juego recíproco coinvestigación y lucha. En otras palabras, la teoría nunca es autosuficiente para predecir el comportamiento obrero pero la coinvestigación llega a convertirse en parte de la misma práctica.

La propuesta metodológica panzeriana se cristaliza en la propuesta política y estratégica acerca del *control obrero*. El *control obrero* parte del presupuesto que hemos señalado acerca de la redefinición del espacio de lo político y la conversión del proceso de trabajo en un campo político. El significado de control obrero en Panzieri es el de *contrapoder obrero* en el proceso de trabajo y la construcción desde abajo y ahora de las instituciones de democracia directa. Control obrero sintetiza táctica y estrategia: táctica en tanto construcción de un contrapoder que se asiente en el seno de la sociedad civil y estrategia en tanto concepción del socialismo como asociación de productores libres y no como socialismo de Estado.

Para Panzieri *control obrero* no es equivalente a *cogestión* puesto que se trataría de un control basado permanentemente en la lucha de masas y no en la coparticipación, en las responsabilidades de la acumulación del capital. Para Panzieri el establecimiento del control obrero o su construcción va aparejado a la creación de instituciones de base no burocratizadas, los *consejos obreros*, y a una función partidaria diversa a la del llamado partido-guía. El *partido-guía* para Panzieri es el partido estalinista que se cree depositario de la conciencia de clase. Este establece una identidad entre clase obrera y partido que lo lleva al burocratismo y al autoritarismo,

<sup>8</sup> R. Panzieri, "El uso socialista de la encuesta obrera", en Enrique de la Garza y Horacio Vázquez (comp.), *op. cit.*

y tiene su continuidad en el *Estado-guía*. En cambio, Panzieri planteará la alternativa, distanciándose también del anarquismo, del *partido instrumento* de la clase, que implica también la negación del monismo partidario y la reivindicación de la libertad de creación cultural. Finalmente, dirá Panzieri, el proletariado se educa creando sus *instituciones autónomas*, principalmente aquellas relacionadas con el mando productivo. Por autonomía se entienden dos cosas; primero, capacidad política de generar un proyecto de clase alternativo al proyecto burgués y de dirección de la sociedad; en segundo término, *autovalorización*, es decir, capacidad de resistir al poder del capital en el proceso de trabajo.

## LA HERENCIA DE RANIERO PANZIERI

Panzieri murió a los 43 años combatido por sirios y troyanos. Su gran proyecto de reconstrucción del marxismo quedó inconcluso; inútil sería buscar en su pensamiento mucho más allá de las consideraciones que hemos comentado hasta aquí. Pero Panzieri renació en la oleada obrera consejista a partir de 1968 y aun sus enemigos se vieron obligados a recuperar algunos de sus planteamientos centrales. Pero el pensamiento de Panzieri es más valioso probablemente por las perspectivas de renovación que abrió que por las respuestas concretas que encontró. La frescura de su pensamiento habría que verla unida al intento de recuperar para el marxismo teórico y práctico su estatuto de ciencia de la revolución, en un contexto en que proliferaban las teorías acerca de la integración del proletariado al capitalismo. Es probable que en Panzieri las acusaciones de obrerismo y cierta forma encubierta de reduccionismo estén presentes, que en él no se haga un planteamiento claro acerca del problema de la totalidad y que su teoría de la acción no rompa finalmente con la concepción del partido-guía, que conciencia y acción no logren ser articuladas dialécticamente. Sin embargo, creemos que en Panzieri están los elementos para el inicio de una *reconstrucción del marxismo*, de un marxismo de finales del siglo XX: *un marxismo del periodo de auge y la crisis del Estado social*.

La herencia de Panzieri se inscribe en este tenor. La posibilidad de que la prehistoria de la humanidad termine, de que los dominados abolan toda dominación, de forjar un proyecto de civilización alternativo al que inauguró la burguesía hace cuatro siglos, mostró estar inmadura todavía en el intento proletario de tomar el cielo por asalto al término de la primera guerra mundial. El desengaño del socialismo real, como alternativa cerrada que no se dirige a aquella

sociedad sin clases en que Marx soñó, en las postrimerías del siglo xx, obligan a la precaución y a la vigilancia con respecto al voluntarismo, aunque sea de corte tercermundista, y al reformismo corporativo.

Para los que todavía pensamos que el capitalismo no siempre existirá y que su destrucción se empieza a forjar en el tiempo presente, continúa siendo un problema cómo articular las luchas cotidianas de los trabajadores por sus reivindicaciones inmediatas con una ideología coherente y un programa máximo de renovación social. Es el viejo problema de Marx de cómo la clase obrera deviene sujeto de la revolución, de cómo puede pasar de clase en sí a clase para sí y de cuál es el papel de los intelectuales en este pasaje (incluyendo al partido como intelectual colectivo).

Este viejo problema político remite a otros más profundos; al problema de la relación entre teoría y práctica, al del papel de la teoría acumulada ante una realidad social en permanente fluir, al de la capacidad de predicción de la ciencia social. En cuanto al estatus de la ciencia marxista, éste se vincula con la relación entre conocimiento científico y acción proletaria, con cuál es el criterio de cientificidad marxista, con el significado de la ley marxista. Muchos de estos problemas se sintetizan en el de la conciencia de clase. Lukács, en una formulación clásica, considera que la conciencia de clase es la que tendrían los hombres si fuesen capaces de captar totalmente su situación y la acción que resultaría de ella; es decir, la conciencia de clase en cuanto a su definición depende totalmente de la situación estructural de la clase. Esta definición tan unívoca, cuando se analiza plantea un problema insalvable, el de la propia definición del criterio de correspondencia entre conciencia y estructura: cómo la mediación puede ser establecida por una teoría que, además de ser necesariamente cambiante —al cambiar la realidad—, depende de la situación histórica en que se genera. Esto quita a la definición de conciencia de clase toda pretensión de absolutización. En segundo lugar, la definición de la conciencia de clase como un problema de correspondencia entre conciencia y estructura se convierte más en un problema teórico que en lo que realmente es, es decir, un problema práctico.

En la versión del partido-guía, la ciencia del marxismo se convierte en núcleo central de la conciencia de clase del proletariado. Partido-guía y conversión del marxismo en teoría sistemática capaz de explicar y predecir el devenir social van de la mano. La visión positivizante del marxismo no se inició con Stalin sino en el marxismo de la II Internacional, que se ubica en el contexto de una segunda arremetida del positivismo, con la pretensión de presentarse no

como una epistemología entre varias sino como la única reflexión sobre la ciencia. La ideología positivista, y su potencia en tanto logra imponerse socialmente como “racionalidad natural”, no es producto únicamente de la labor de los filósofos de la ciencia de dicha matriz, es resultado de un gran desarrollo de las ciencias naturales, pero sobre todo de la imbricación entre ciencia y procesos productivos. Esta imbricación coincide con la pérdida de autonomía subjetiva de los creadores de valor de que hablaba Marx en *El capital*. La disociación que propone Taylor entre concepción y ejecución y la expropiación del saber productivo obrero por la dirección de la empresa realiza en la práctica la escisión entre sujeto y objeto. El marxismo como producto de una época histórica no podía ser ajeno a esta influencia. La concepción de ciencia que propone el positivismo prescinde del sujeto, es el mundo de los procesos con la pretensión de objetividad, desvalorizado. El marxismo de la II Internacional es el primer marxismo con pretensión de sistema teórico autosuficiente y con él viene la idea del partido-guía en su primera versión formulada por Kautsky. En el estalinismo, la legitimidad y necesidad de una teoría marxista positivizada tendrá el apoyo de la fuerza y a ella corresponderá la forma de Estado-guía, Estado fundado en la ciencia del marxismo, versión de ciencia acuñada por ese mismo Estado. Una larga historia y condiciones sociales definidas han imbuido al marxismo de positivismo, de un positivismo que tiene tras él toda una concepción de la realidad y del cambio social que no podría encontrarse en Marx. Panzieri es de aquéllos que buscan en las raíces mismas del marxismo la causa de sus supuestos errores y por ello el estalinismo no resulta producto simplemente de desviaciones de las que la clase obrera sería ingenuo instrumento. La puerta que abre Panzieri es la del regreso revolucionario a Marx, en el sentido de negar la cosificación cientificista en sus dos connotaciones, primero, en su negación del componente subjetivo del proceso social y segundo, en negar el contenido relativamente abierto de dicho proceso. De esta manera el viejo problema de cómo el proletariado se convierte en sujeto de la revolución puede llegar a ser reformulado despojándolo de su contenido metafísico. El problema para el marxismo teórico y práctico no es ahora cómo el proletariado cumple su destino histórico sino cómo un grupo social en condiciones históricas determinadas puede llegar o no a generar una voluntad colectiva autónoma, con un concepto de autonomía no metafísico, es decir, como capacidad de dirigir el conjunto de una sociedad hacia un nuevo derrotero. En esta concepción histórica de la voluntad objetiva autónoma, el problema de su conformación es sobre todo práctico y en él la teoría puede con-



tribuir a esta conformación acotando los cauces de la acción colectiva viable, los límites de la *voluntad objetiva*, parámetros a su vez en construcción y determinados por la propia acción. La voluntad colectiva autónoma se manifiesta en un movimiento de clase autónomo, el cual ha tratado de ser captado como campo de conocimiento desde dos grandes perspectivas: una es la historiográfica, que ve la emergencia del movimiento como resultado e influencia de las direcciones e ideologías. Esta es la historia de acontecimientos, dirá Castoriadis, en la que los líderes aparecen como los maquinistas de la locomotora de la historia. La otra es la versión objetivista, para la cual el proletariado, como objeto estructural, se mueve determinado por el cambio en sus condiciones objetivas, por ejemplo, el nivel de la explotación o la forma de ésta.

Por otro lado, el problema que se plantea es si la perspectiva histórica que abre Panzieri puede llegar a convertirse en un ángulo de análisis de la condición obrera, en una sociología marxista del trabajo.

El marxismo debe reconocer que el mundo del trabajo no fue objeto de su estudio durante la mayor parte de su existencia y que el campo de la sociología industrial quedó durante varias décadas a cargo de las ideologías empresariales.

La sociología industrial propiamente dicha nació como una reacción a las limitaciones del taylorismo, al plantear éste la disociación entre concepción y ejecución y proponer una forma de analizar el trabajo como movimientos mecánicos. La crítica más importante provino de Elton Mayo, en el sentido de que el taylorismo concibe un hombre totalmente racional y no deja espacio al importante campo del "sentimiento". Mayo es el primero en concebir en esta sociología industrial que las relaciones entre el capital y el trabajo deben ser tratadas como auténticas relaciones sociales. La preocupación de Mayo es evidentemente de carácter integrativo y busca construir una comunidad de trabajo en donde los intereses obrero patronales no sean necesariamente contradictorios. Durante varias décadas predominó el enfoque de Mayo acerca de las relaciones humanas en el lugar de trabajo. Al terminar la segunda guerra mundial surgen dos críticas a las relaciones humanas provenientes de tradiciones teóricas diversas. La primera, la de Friedman, continuada por Touraine, y la segunda de corte funcionalista pero enmarcada en lo que será la sociología de las organizaciones. Ambas versiones, desde sus propios presupuestos, destacan el problema del conflicto en el proceso de trabajo como algo que pudiera ser sustancial al carácter de las relaciones que se entablan. Al inicio de la década de los sesenta las condiciones están maduras para que la

sociología industrial emprenda el gran reto de analizar de manera más compleja la condición obrera. El trabajo clásico de Walker y Guest inaugura una de las dos corrientes que todavía debaten acerca de la explicación de los comportamientos obreros. La propuesta de estos autores es que la vida del trabajo determina dichos comportamientos. La contrapropuesta de Goldthorpe irá más bien en el sentido de ponderar como factor explicativo superior, no la experiencia de trabajo, sino los valores sociales transportados por el obrero de la fábrica. Sin embargo, a pesar de la actitud optimista de Elton Mayo con relación a intentar eliminar el conflicto, éste aparece como algo cada vez más inherente a la relación laboral y foco central del análisis sociológico. La importancia del conflicto lleva a desarrollar ámbitos especiales de esta sociología industrial, como son el de las organizaciones de los trabajadores y el del conflicto colectivo.

Una constante en casi todos estos estudios de la sociología industrial —con honrosas excepciones como la de Friedman— es su intención integrativa; además, los modelos explicativos del conflicto se mueven más bien a partir de una concepción estructural en la que el problema de la subjetividad se reduce a componentes estructurales. El obrero aparece básicamente como objeto determinado por sus características socioeconómicas o su calificación o su experiencia política.

La llegada tardía de la sociología del trabajo a América Latina introduce una serie de confusiones que es necesario destacar: 1) la sociología del trabajo académica se ha desarrollado básicamente como ciencia empresarial, en la cual el marxismo no ha tenido mucho que decir; 2) las iniciativas a la manera de Panzieri se desenvuelven en el plano de la lucha sindical y política más que en la academia; 3) la sociología del trabajo, por sus orígenes y su desarrollo empresariales, se encuentra bastante alejada de intereses subversivos; 4) metodológicamente la sociología del trabajo no incorpora el aspecto subjetivo del proceso social.

En la línea que abre Panzieri, decíamos, el marxismo aparece como una sociología vestida de ciencia política que no sirve para resolver cualquier problema del conocimiento, sino que aparece como ciencia de la revolución y en esta medida como un tipo de conocimiento más acorde con la intencionalidad de la transformación social y del enfrentamiento clasista. Por otro lado, la sociología del trabajo hace referencia a parcialidad en dos sentidos: como parcialidad disciplinaria (desgajamiento del conocimiento en compartimentos) y como objetivación de los sujetos-objetos. Desde el punto de vista de la totalidad marxista y de su pretensión revolucio-

na, no podría hablarse propiamente de una sociología marxista del trabajo, sino de un punto de partida en el proceso de trabajo y en la composición de clase en el proceso coinvestigativo de reconstrucción de la realidad en la teoría y en la práctica. El eje problemático de la perspectiva de Panzieri es diferente al de las sociologías del trabajo y apunta, más que a la explicación y a la integración, a la conformación práctica de una voluntad colectiva autónoma y de subversión del capitalismo.

La ventana abierta por Panzieri permanece y sus retos no han recibido todavía respuestas satisfactorias. Hay una síntesis por realizar: el desarrollo del concepto marxista de totalidad como concepto central de la metodología; el ángulo de análisis de la clase obrera a partir del proceso de trabajo que elimine reduccionismos de todo tipo; y la coinvestigación en todas sus implicaciones, tanto epistemológicas y metodológicas como políticas y prácticas.